

ding debía cruzar el Guadalquivir por Menjíbar y dirigirse sobre Bailen; Compigny al mismo tiempo pasaría el río por Villanueva, y Castaños atacaría de frente avanzando con la tercera división y la reserva, mientras los cuerpos francos guiados por don Juan Caro molestaran al enemigo por el flanco derecho.

Reding salió con su división el 16 de julio, cruzó el río, derrotó a las tropas francesas que se le opusieron y aguardó a que se le reuniera Compigny, el cual, en efecto, se le incorporó en la mañana del 17 y ambos entraron el 18 en Bailen. Después de un corto descanso se disponían a marchar sobre Andújar, a donde se dirigía también Castaños, cuando se encontraron con las tropas de Dupont, que de prisa y en el mayor silencio caminaban. El general francés había salido de Andújar al anochecer del 18, deseoso de ocultar sus movimientos y sobre todo de salvar el inmenso bagaje, producto del saqueo de Córdoba y Jaén. A las cuatro de la mañana del 18 comenzó la batalla. Los españoles atacaron con furia las alturas en que habían tomado posición los enemigos y les hicieron retroceder. Dupont se rehizo y recobró el terreno perdido, extendiendo luego su ataque contra el centro y la derecha de los españoles; pero allí fueron los franceses completamente arrollados y tuvieron que replegarse. Muchas veces repitieron sus tentativas y en todas tuvieron que abandonar el campo con grandes pérdidas. A las doce y media de la mañana Dupont, furioso de verse así rechazado, se puso con sus generales a la cabeza de las columnas francesas y dió una embestida al centro del ejército español, intentando romperlo. Allí estaban el general Reding y el jefe de artillería Abadía. Los marinos de la guardia imperial llegaron casi a tocar los cañones; pero sus esfuerzos se estrellaron contra la indomable constancia de las tropas españolas que mandaban estos dos ilustres jefes. Entonces Dupont, confuso, viéndose cercado y no encontrando refugio ni salida propuso una suspensión de armas, a la cual accedió Reding. El general don Manuel de la Peña llegó en la mañana del 18 cuando se estaba capitulando, pero antes había mandado disparar algunos cañones para dar aviso de su presencia, la cual precipitó la rendición de los franceses.

Por parte de éstos llegó también el general Vedel, que acudía al auxilio de Dupont y supo que en aquel momento capitulaban los suyos. Reding le envió un parlamentario con la noticia de lo sucedido y Vedel comisionó a uno de sus oficiales para cerciorarse de ello; pero antes de recibir contestación alguna mandó atacar y le fué fácil derrotar varias partidas de españoles que estaban descuidadas, hasta que al fin recibió la orden de Dupont para suspender todo ataque.

En las negociaciones, los franceses pedían que se les dejara libre el paso a Castilla; el general Castaños, que como general en jefe debía decidir, parecía inclinarse a aceptar; pero el conde de Tilly, individuo de la junta de Sevilla, se opuso formalmente a esta concesión. Hubo entre unos y otros ágras contestaciones, acusando los franceses de bandidos a los paisanos españoles y los generales españoles echando en cara a los franceses sus perfidias, sus robos y violencias, hasta que llegaron a romperse las negociaciones. Pero el mismo Dupont no tardó en renovarlas, porque al rumor de la victoria conseguida por los españoles habían acudido de todas partes las poblaciones armadas y deseosas de venganza. Los jefes franceses, temiendo perder el rico botín que llevaban, insistieron en que se continuaran las negociaciones para capitular. Entretanto Dupont había enviado instrucciones a Vedel para que se pusiera en salvo por su parte, y en efecto, Vedel había empezado a retirarse. Avisados los generales españoles intimaron a Dupont que si rompía la tregua y no cumplían él y los suyos la palabra que habían

dado, todas sus tropas serían pasadas a cuchillo. Aterrorizado el francés, envió a Vedel la orden de volver, y en efecto, aquel jefe se sometió aunque con repugnancia. Se hizo, pues, el convenio, en virtud del cual las tropas de Dupont quedaron prisioneras de guerra y las de Vedel debían rendir las armas, que les serían entregadas después al embarcarse como debían hacerlo para Francia en buques de guerra tripulados por españoles. Se firmó esta capitulación en Andújar el 22 de julio. Pasaron de 20,000 hombres las bajas que tuvo el ejército francés; perdió más de 2,000 entre muertos y heridos y dejó en poder de los españoles unas cuarenta piezas de artillería. Los españoles tuvieron 243 muertos y más de setecientos heridos.

Una de las condiciones de la capitulación había sido que los franceses devolverían los vasos sagrados y objetos de culto que habían robado a su paso por Andalucía; devolvieron en efecto algunos, pero al embarcarse los prisioneros en el Puerto de Santa María se cayeron de la maleta de un oficial un cáliz y una patena de las robadas en Córdoba. A su vista el pueblo se amotinó, y procediéndose a un registro, los prisioneros fueron despojados de todo cuanto llevaban, suyo y ajeno.

Al mismo tiempo que los franceses de Dupont eran derrotados en Bailen, lo eran en Valencia las tropas del general Moncey, que habiendo intentado sofocar el levantamiento de esta ciudad, habían sido rechazadas con grandes pérdidas.

Las derrotas de Bailen y de Valencia consternaron a la corte de José, el cual resolvió retirarse al otro lado del Ebro mientras le llegaban refuerzos, convencido de que el ejército que le había dado Napoleón no era suficiente, ni con mucho, para sofocar el incendio que cundía por todo el país. Los franceses clavaron 80 cañones que tenían en el Retiro y tomaron la dirección de Miranda de Ebro.

El general francés Lefebvre, que mandaba las tropas imperiales de Aragón, después de haber derrotado a varias partidas de españoles formalizó el sitio de Zaragoza, y el día 15 de junio dió la primera embestida. Los zaragozanos dejaron aproximarse las columnas francesas y cuando estaban cerca dispararon sus cañones, cargados de metralla, y les obligaron a retirarse con gran pérdida. El 17, Lefebvre amenazó a la ciudad que si no capitulaba pasaría a cuchillo a todos sus habitantes. Se le contestó con una negativa y el día 26 todos los defensores de Zaragoza prestaron en la plaza solemne juramento de morir antes que rendirse.

Los franceses, entre tanto, recibieron socorros de Pamplona y de Bayona llevados por el general Verdier, que reemplazó en el mando a Lefebvre, y con estos refuerzos el 27 renovaron el fuego. Aquel día se incendió un depósito de pólvora que tenían los sitiados en el Seminario, y la explosión destruyó muchas casas. Los franceses, aprovechando esta circunstancia, atacaron con furia el monte Torrero, cuyo comandante le desamparó, y en castigo fué fusilado después por orden de un consejo de guerra. Desde Torrero comenzaron los franceses el 30 de junio un horroroso bombardeo y al día siguiente atacaron por todas partes, pero no consiguieron ni en ésta ni en posteriores acometidas vencer la resistencia heroica de los zaragozanos.

A las cuatro de la tarde del día 2 de julio entró el jefe de los sitiados don José Palafox en la ciudad con refuerzos y dió mayor ánimo a los defensores. El 3 de agosto el enemigo rompió otra vez el fuego en toda la línea. En lo más recio del combate el general francés envió un billete a Palafox que decía: «Paz y capitulación,» y Palafox contestó con otro en que se leían estas palabras: «Guerra a cuchillo.» Destruído el convento de Santa Engracia los franceses se encontraron dentro de Zaragoza, y

formando sus columnas se encaminaron al Coso; pero fueron recibidos de todas partes por un terrible fuego de fusilería, durante el cual fué herido el general Verdier, y se vieron obligados a retirarse. El mismo día 4 de agosto salió Palafox con su hermano de Zaragoza para buscar socorros de gente y municiones. Esperábase de Cataluña una división de 2,000 hombres que estaba ya en Gelsa, a 10 leguas de la ciudad y, con cuyo auxilio podía prolongarse la defensa hasta que llegara otra división de 5,000 hombres que, procedente de Valencia, se adelantaba por el camino de Teruel. En efecto, Palafox entró en Zaragoza con el convoy que había salido a buscar. El 6 de agosto supieron los sitiadores la derrota de Bailen y el 31 recibieron la orden de retirarse inmediatamente a Navarra, precisamente cuando llegaba a la ciudad sitiada la división de Valencia, animada de tan ardiente deseo de pelear que aquella misma tarde embistió al enemigo. Los franceses se apresuraron a levantar el sitio, el cual les había costado más de 3,000 hombres y cerca de 2,000 a los españoles.

No marchaban mejor para los franceses las cosas de Cataluña. El 10 de julio Duhesme, deseando vengar la humillación que en el mes anterior había sufrido delante de Gerona, salió de Barcelona al frente de 6,000 hombres con gran tren de artillería y aprestos de sitio. Parodiando ridículamente a César, decía este general: «El 24 llegó a Gerona, el 25 la atacó, el 26 la tomó y el 27 la arrasó.» En efecto, llegó el 24, pero ni atacó, ni menos tomó a Gerona. Empleó quince días en los preparativos y al cabo de este tiempo recibió de Bayona la orden de suspender las operaciones ofensivas. No quiso obedecerla, creyendo fácil rendir antes la plaza, y el 12 de agosto intimó la rendición a sus defensores. Contestado como era de esperar, aquella misma noche se rompió el fuego, que duró cuatro días. El 16 los franceses se vieron amenazados por los somatenes y las tropas que de orden del general marqués de Palacio habían salido de Martorell; y adelantándose a todos la guarnición de Gerona, hizo una salida arrojándose sobre las baterías enemigas, incendiándolas y arrollándolo todo, y obligando al enemigo a levantar aquella noche el sitio. Duhesme regresó a Barcelona como la otra vez, después de abandonar delante de Gerona su artillería de sitio y en las asperezas de los montes la artillería de campaña.

En aquel tiempo el gobierno inglés se resolvió a auxiliar a la península restableciendo sus buenas relaciones con España, y dispuso que la expedición naval que tenía preparada contra la América española y que constaba de 10,000 hombres se dirigiese a Portugal a las órdenes del teniente general Sir Arturo Wellesley, conocido después bajo el título de lord Wellington. Estas tropas debían reunirse con las del general Spencer, enviadas a Cádiz y al Puerto de Santa María a disposición de la junta de Sevilla por el gobernador de Gibraltar, y con un cuerpo de otros 10,000 hombres procedente de Suecia que debía llegar, mandado por el general Sir John Moore. Reunidas todas estas tropas, el ejército inglés en Portugal constaría de más de 30,000 hombres con artillería y caballería. Junot salió de Lisboa el 15 de agosto con unos 12,000 hombres. El general inglés, que tenía entonces 20,000, escogió para esperarle buenas posiciones en Torres Vedras y el 21 por la mañana se empeñó un vivo combate en que los franceses fueron derrotados y perdieron 1,800 hombres y tres piezas de artillería. Al día siguiente, 22 de agosto, viendo Junot que el país se levantaba también en masa contra los franceses, acordó abrir negociaciones con el general inglés. Estas negociaciones, después de muchas dificultades, dieron por resultado el convenio de 30 de agosto firmado en Lisboa, según el cual el ejército francés se obligó

a evacuar el Portugal entregando al inglés todas las plazas y fuertes del reino, y siendo transportado a Francia con su artillería, armas y bagajes. Este convenio tan favorable al ejército francés, y en el cual no se hacía mención ni del príncipe regente de Portugal ni de la junta del reino, suscitó varias protestas entre los portugueses, pero sobre todo causó grande indignación en Inglaterra, donde se esperaba que el ejército de Junot no saldría mejor librado de su crítica posición que el de Dupont en Bailen. El ayuntamiento de Londres presentó al rey una exposición calificando el convenio de vergonzoso para la Inglaterra y el gobierno mandó una comisión para examinar la conducta de los generales ingleses; pero este nombramiento y las quejas suscitadas no tuvieron resultado alguno. De los 29,000 hombres que Napoleón había enviado a Portugal volvieron a Francia 22,000. Los prisioneros españoles, que ascendían a 3,500, se embarcaron a las órdenes del general don Gregorio Laguna y desembarcaron en Cataluña.

La situación de los franceses en España y Portugal al terminar agosto de 1808 era la siguiente: en el Mediodía el francés lo había perdido todo, después de dejar prisionero su ejército; otro ejército francés había capitulado, evacuando el Portugal; y toda la península, invadida tan fácilmente en febrero y marzo, había quedado limpia de franceses hasta el Ebro, habiendo perdido el ejército francés el prestigio de invencible que hasta entonces había tenido a los ojos de la Europa.

El 25 de setiembre se instaló solemnemente en el palacio de Aranjuez la junta suprema central gubernativa del reino, compuesta de dos diputados por cada provincia, y fué elegido presidente el anciano y respetable conde de Floridablanca y secretario don Martín de Garay. Reunióse también en Madrid un consejo de generales, al cual asistieron Castaños, Llamas, Cuesta y La Peña en persona, y por representación Palafox y Blake. En este consejo propuso el general Cuesta, para dar unidad a las operaciones, el nombramiento de un general en jefe de todos los ejércitos; pero esta propuesta no halló eco en sus compañeros. A su vez la junta central, en 1.º de octubre, dividió los ejércitos españoles en cuatro: uno de la izquierda, que debía operar en las provincias Vascongadas cubriendo a Castilla a las órdenes de Blake; otro de la derecha ó sea de Cataluña, mandado por don Juan Manuel Vives; el tercero del Centro, mandado por Castaños, y el cuarto de Aragón, por Palafox.

CAPITULO II

NUEVA INVASION DE ESPAÑA. — DERROTAS DE LOS ESPAÑOLES. — GUERRILLEROS. — DERROTA DE LOS INGLESES EN LA CORUÑA. — DEFENSA HEROICA DE VARIAS PLAZAS ESPAÑOLAS.

En estas circunstancias, Napoleón, después de conferenciar en Erfurt con el emperador de Rusia, volvió a París en 18 de octubre y resolvió tomar el mando de los ejércitos de España. En el mensaje que dirigió al Cuerpo legislativo el 25 de aquel mes, le decía: «Salgo dentro de pocos días para ponerme yo mismo al frente de mi ejército, coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de España y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa.»

Organizó en efecto un grande ejército compuesto de ocho cuerpos, cada uno de los cuales constaba de 30 a 40,000 hombres, en total unos 200,000 infantes y 50,000 caballos con los correspondientes trenes de artillería.

Con esta nueva invasión cambió el aspecto de la guerra. Blake, que había arrojado de Bilbao a los franceses, tuvo